



Piel de cordero

Ledicia Costas



DESTINO

Piel de
cordero

Leticia
Costas

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1645

© Leticia Costas, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Título original en gallego: *Pel de cordeiro*

Versión al castellano de la autora

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-233-6511-1

Depósito legal: B. 6.115-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



La primera muerte

Marina presentía que se iba a morir. Sucedería mientras le extirpaban de dentro la criatura que estaba condenada a parir. Aunque para favorecer el parto le envolviesen el vientre con una faja de piel de víbora, con cruces pintadas con sus propios fluidos por la parte del revés, o las vecinas entrasen en aquella estancia que hedía a vaca y sudor portando reliquias que iban colocando sobre la cama, alrededor del cuerpo inflado. Cajas doradas con trocitos de esqueleto, mechones de pelo, un dedo, un pedazo de lengua, uñas arrancadas en pleno martirio, un corazón. Ni encomendarse a san Ramón Nonato, patrón de los partos, musitando una oración, ni la rosa de Jericó dentro de un cuenco con agua de la fuente de los milagros sobre la cómoda, ni la mandrágora empapada en sangre de cordero escondida debajo de la cama, ni el bautismo de media noche que había repetido en tres ocasiones, acudiendo en secreto al puente romano a esperar al primer caminante que pasase a partir de las doce, y obligarlo a coger agua del río y echársela sobre el torso desnudo mientras pronunciaba las mismas palabras del bautismo excepto el amén, porque el amén estaba prohibido; sobre todo para ella. Nada se podía hacer para evitar la muerte, porque aquella criatura venía de nalgas

y no estaba allí su madre, pero Marina se resistía defendiéndose con todos los medios que tenía a su alcance. ¿Y ahora qué? Ahora las piernas abiertas sobre el catre. Son las once de la noche. Falta una hora para que le rebanen el vientre con un cuchillo incandescente y se desangre.

Tres viernes seguidos bramó como un buey la criatura que llevaba dentro. Qué difícil tolerar la existencia de una mujer embarazada con el mugido de un buey manifestándose desde sus entrañas. Los berridos se escucharon en las casas más próximas y la gente cerró las contraventanas y las puertas después de hacer la señal de la cruz y suplicar clemencia con las miradas puestas en el cielo. Tenían miedo y tenían esperanza. Porque un nonato que grita antes de nacer abre la posibilidad de que nazca un monstruo, un maldito, pero también es la premonición de una criatura con poderes curativos. No sería la primera vez que sucedía algo así, cien años atrás había cantado un niño como una rana tres viernes antes de nacer, y había venido a este mundo con la facultad de curar poniendo sus manos sobre el enfermo. Deshacía hinchazones, sanaba cojeras, cegueras, llagas, parálisis, cosas terribles. Males imposibles para los doctores, pero no para los prodigios de este niño llamado Raimundo, a quien la Inquisición había dado carta blanca para realizar las curaciones. Pero se daba la casualidad de que el padre de Raimundo era uno de los hombres más importantes de la ciudad, además de familiar del Santo Oficio, y Marina la hija de una bruja. Por eso el miedo de los vecinos, y por eso todas las distancias posibles, y por eso Raimundo sí podía llevar a cabo con impunidad las mismas prácticas por las que eran perseguidas y sometidas a tormentos tantas curanderas, componedoras

y parteras, que sabían perfectamente qué plantas y qué cataplasmas había que aplicar para aliviar el dolor y el sufrimiento.

Marina se retuerce mientras espera el nacimiento de su única hija, que quiere salir pero no puede, y la llegada de la muerte. Su palidez es un síntoma levísimo de lo que va a suceder. En el pasillo huele a cirio y no hay ninguna vela encendida. Unos minutos antes llamó a la puerta el barbero sangrador de la aldea, ofreciendo su ayuda como quien arranca su propio corazón para entregarlo en un acto de amor infinito. Afeitaba a los hombres junto a su vivienda, en un cuchitril donde solo había sitio para un cliente. Había aprendido el oficio de sangrador de su padre y de su abuelo, y, de vez en cuando, le tocaba extraer alguna muela o practicar alguna sangría para devolver el equilibrio a los cuatro humores del organismo: sangre, cólera, melancolía y flema. Sabía aplicar sanguijuelas y sabía cortar en los lugares precisos para que la sangría fuera un éxito. Alguien había corrido la voz de que la hija de la bruja estaba en apuros, y cuando la noticia llegó a sus oídos no dudó. Abandonó lo que estaba haciendo y emprendió una carrera desesperada hacia aquella casa. No sería la primera vez que intervenía en un parto, pero nunca había reaccionado de una forma tan visceral. Muchas matronas eran tachadas de brujas, pero sobre él no pesaban esas acusaciones. Llamó a la puerta, y como acreditación mostró un maletín mugriento con instrumentos de barbear y alguno más que empleaba en casos de extrema necesidad. Tan pronto puso un pie dentro de la estancia, Marina llamó a Satanás y a su madre, por ese orden. ¡Te maldigo, Judas!, le gritó. Si me tocas, que caigan sobre ti todas las desgracias de este mundo. No lo quería allí

de ninguna manera, no tenía derecho. Sola como estaba, las únicas personas en las que confiaba eran las vecinas de toda la vida, que nunca habían ejercido de parteras pero sí habían parido y habían ayudado a parir a muchas otras. Se aferraba a la experiencia de esas mujeres, a pesar de que no estaban preparadas para una situación como aquella. ¿Y el barbero sí? El barbero tampoco. Lo sabía ella y lo sabían las demás. Que suelten a mi madre, suplicó. La necesito aquí. Que esos malnacidos la dejen venir. Por favor, que la liberen. El barbero les pidió a las vecinas que la agarrasen con fuerza. ¿Qué me vas a hacer? ¡Contesta! El hombre metió la cabeza y las manos entre las piernas de Marina y la examinó con sumo cuidado. Traigan vino, aguardiente, lo que encuentren en la despensa, murmuró. Que alguna corte el palo de la escoba con el machete de la cocina. Necesito un trozo del tamaño de una cuarta. A Marina se le salieron los ojos de las órbitas cuando el barbero mencionó la escoba. La había fabricado ella misma con un mango de madera de roble y ramas de retama seca, el arbusto que protegía contra los malos espíritus. ¿Qué pretendes hacer con eso? ¡Contesta! Él le dirigió una mirada llena de compasión y habló en voz baja. Tranquila, hija. Prometo que será rápido. En ese momento, y solo en ese, Marina rompió a llorar.

Que beba todo el aguardiente que pueda, ordenó. Una de las vecinas se acercó a Marina y la conminó a beber. Es por tu bien y por el bien de la criatura. Este hombre sabe lo que hace. El alcohol espanta los dolores y alivia el alma, le aseguró. Marina bebió, ¿qué otra cosa podía hacer? Miró con pánico el palo de la escoba. Muérdelo, le dijo el barbero. Aquella indicación fue un alivio, porque en los últimos minutos habían acudi-

do a su cabeza imágenes con un inventario de barbaridades que algún sádico estaría encantado de hacer con el palo de la escoba de una bruja. ¿Cómo defenderse en aquel momento tan extremo de vulnerabilidad, con una criatura reventándola por dentro? Pero no era una defensa lo que Marina necesitaba, sino un milagro. Que muerdas con fuerza, insistió el barbero. ¿Por qué huele a quemado?, preguntó ella. ¿Qué está pasando? Nadie contestó. Las vecinas de repente eran mudas, tenían los labios zurcidos y se esforzaban en no mirarla a los ojos. Desde su posición ella no podía ver cómo el barbero pasaba el filo del puñal que usaba como bisturí por una llama prendida en una tela. Les hizo un gesto a las otras mujeres para que la volvieran a agarrar, apagó el fuego contra la tierra del suelo y se dispuso a cortar la carne del vientre para sacar a la criatura.

Marina gritó con tanta fuerza que se le rompieron los vasos sanguíneos de los ojos. Se le partió un diente apretando la escoba, la mirada borrosa, la vida evaporándose. La criatura bramó como un animal una última vez antes de salir, y aquello fue demasiado para las vecinas, que hicieron estallar los zurcidos de sus labios murmurando a coro: Ten piedad, Señor, de estas tus criaturas. Mira que no entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Danos, Señor, luz. Muestra tu poder y tu misericordia.

La hija de la bruja se retorció, blasfemó, llamó a su madre hasta desgañitarse. Murió desangrada sobre aquel catre. Cuando el barbero cortó el cordón umbilical ella ya no respiraba. El hombre, con los colores de un carnicero impresos en la ropa, se echó a llorar. Acababa de traer al mundo a su nieta. Su nombre es Catalina, murmuró con la voz quebrada y el rostro blanco

como un sudario. Una de las mujeres la envolvió en una piel de cordero y salió de la casa con ella en brazos sin dejar de rezar: Sé que es duro pedirte que quieras a quien no te quiere, que abras a quien no te llama. Pero tú dijiste, Señor, que viniste a buscar a los pecadores.

Nadie necesitó preguntar nada, porque en aquel cuarto todo el mundo conocía el procedimiento. La mujer corría hacia la iglesia para que el cura bautizara a la niña. Si se moría sin el bautismo no podría ser enterrada en lugar santo, y ya era bastante estigma que la abuela de aquella niña estuviese siendo torturada por la Santa Inquisición. Que Dios te proteja, Catalina, susurró el barbero, observando a través de la ventana a la mujer alejándose con el bebé en brazos. Luego besó la frente de su hija Marina y cerró el maletín, porque la vida era así de retorcida y había que continuar. Siempre adelante de manera inexorable, aunque a veces la desgracia sea tan insoportable que parezca que el mundo entero merece reventar.

Imposible controlar un invierno

Los inviernos en esa casa eran de hielo. En las semanas más duras, si pasabas las manos por las paredes estaban húmedas. También la tierra del suelo. El frío entraba con libertad y se instalaba hasta la primavera, evidenciando la miseria de aquella vivienda y de todas las de Merlo. Excepto el cura, todo el mundo era pobre. La niebla en el pueblo era una cordillera perpetua. Heridas en las orejas, las manos ateridas, la escarcha esposada a los huesos como una penitencia. Elvira tenía la costumbre de almacenar toda la leña que podía mantener seca. Se sentía reconfortada quemando palos y avivando ese fuego. Podía controlar muchas cosas, pero el invierno no era una de ellas. Tampoco lo había intentado. El precio que debería pagar por algo así sería demasiado elevado.

Desde el fallecimiento de Marina faltaba un eslabón de la cadena. Elvira había olisqueado la muerte de su hija siete días antes de que sucediera, y el siete era el número de los viajes, fuesen donde fuesen, incluso al más allá. El olor había ido aumentando cada día e impregnándose en cada tejido, en cada objeto, en cada inhalación, hasta que aquellos hombres irrumpieron en casa alegando que eran ministros de la Inquisición, se la llevaron por la fuerza y ella ya no volvió a ver a

Marina, aunque sí pudo ver su tumba. Pero eso sería mucho después.

Acusaron a Elvira de brujería y pacto con Satanás. Ella lo negó todo y fue enviada a la sala de torturas bajo el argumento de hacerla recapacitar. La sometieron a un tormento por el bien de su alma, que estaba en peligro de acabar en el infierno. Le rompieron los dedos de las manos con una máquina que aplastaba los huesos. Elvira juró durante la tortura que sus intervenciones se ceñían a aquellas enfermedades que no eran de médico. Excelentísimos señores, yo tan solo alivio a personas y animales en sus padecimientos y desgracias con ungüentos, emplastes, cataplasmas, oraciones y, rara vez, conjuros. Los ministros interpretaron la negativa a confesar como una reafirmación en su herejía y la advirtieron de que la siguiente fase era el potro. En ese momento ella se rompió y prometió que confesaría todo lo que quisieran mientras pensaba en que en el futuro encontraría la manera de vengarse de aquella cuadrilla de hijos de puta. Conocía las historias de varias mujeres que habían pasado por el potro y sabía bien lo que suponía ser sometida a las poleas de esa máquina. Sangrar no sangrabas, pero te dislocaban las piernas, los hombros, los brazos, todo lo que era susceptible de ser dislocado, y ya nunca te recuperabas de esas lesiones. Los dolores de la tortura eran un disparate, se te salían los ojos para fuera. Pero, ay, convivir el resto de tus días con esos padecimientos... Había quien enloquecía para siempre. No podía permitirse algo así. Su hija estaba a punto de parir una criatura que necesitaba alguien que la cuidase. ¿Admite usted que se untó con ungüentos que le proporcionó el diablo?, le preguntó uno de aquellos hombres. Admito, señor, que fui una

cobarde y no me atreví a negarme. ¿Admite que mantuvo actos abominables con él? Mantuve, señor, yo no quería, pero él me obligó. ¿Y qué forma tenía? Tenía forma de cabrón, señor, un castrón inmenso de color negro. ¿Le besó usted cierta parte deshonesto y sucia? Sí que lo hice, señor, porque me aseguré que si no lo hacía me comería el cerebro y las entrañas. ¿El diablo la marcó con su uña? Me marcó una nalga con su uña, señor, y esa herida siempre está abierta y tiene pus y tiene insectos y tiene toda la ponzoña ahí anidando. ¿Está arrepentida de esos actos nefandos? Absolutamente, señor, que Dios me perdone. Rezaré hasta que se me quede la lengua en carne viva. Mientras hablaba, a Elvira se le caían las lágrimas por los dolores de los dedos triturados, y la Santa Inquisición interpretó aquello como un auténtico arrepentimiento. Dio por buena la confesión y la condenó al destierro durante dos años. Ella les dio las gracias por su generosidad y su clemencia mientras repetía para sus adentros: Cabrones, voy a haceros pagar uno a uno por cada rotura de cada hueso, por cada lágrima, por cada una de las mentiras que me habéis hecho pronunciar. Juro que os trastornaré a todos. Puede marcharse, señora. Que Dios los bendiga, añadió ella, haciendo una reverencia mientras murmuraba a un volumen imposible de escuchar: Invocaré a todos los espíritus avernales para que se cobijen en vuestros cuerpos. Nunca más conoceréis el descanso ni el sosiego. Dicho esto, salió por la puerta y echó a andar masticando una blasfemia tras otra como si fuera una oración.

Elvira pasó los dos años de destierro refugiada en la casa de una curandera, en un pueblo de otra provincia. Mientras se recuperaba de las lesiones, su vida consistió en envolverse en harapos y pedir en la plaza por

las mañanas, que era cuando había más movimiento, y en contribuir con sus conocimientos sobre hierbas y plantas para que la curandera ampliara sus competencias. Elvira era una sabia, pero una sabia devorada por la ira. Durante esos dos años alimentó su rabia. Cada noche, antes de dormir, repetía la misma maldición que había pronunciado contra los ministros el día del tormento. Estaba dispuesta a acabar con ellos y fantaseaba con las múltiples maneras de provocarles sufrimiento. Les devolvería multiplicado todo lo que le habían hecho. No es fácil convivir con una mujer con tantos pájaros negros dando bandazos dentro de su cabeza, con tanto dolor y tantos fantasmas comiéndole la vida entera. Los momentos de paz eran escasos. Cuando imaginaba el rostro de su nieta, el primer abrazo, una Nochebuena. ¿Dónde estaría aquella niña? Le rogaba al mismo Dios del que había renegado tantas veces que la protegiese mientras ella no podía hacerse cargo. Solo hasta que yo vuelva, por favor. Solo hasta que yo vuelva...

Cuando por fin se cumplió el tiempo del destierro y pudo regresar a su pueblo, tenía retorcidos los dedos de las manos y una herida interior que ya nunca se cerraría. Una herida auténtica, no como la provocada por la uña de aquel castrón llamado Satanás. Encontró su casa en un estado absoluto de abandono, llena de ratas y con un olor insoportable a muerte que se había quedado allí atrapado. No le importó. Tan solo quería saber dónde estaba su nieta, de la que aún no sabía ni el nombre. Llamó a la puerta de la casa más próxima, que era la de María, la misma mujer que había llevado corriendo a la niña a bautizar el día del parto. Ella se había hecho cargo de la pequeña. Estaba sucia y hedía a pocilga, lo normal en aquella época. Lo único rele-

vante es que estaba sana. Vive gracias al barbero, Elvira. Él la sacó de dentro de tu hija, no había nada que hacer. O sobrevivía una o ninguna, y él escogió una y por eso esta niña está aquí. Se llama Catalina y tiene ojos de buey. Un escalofrío sacudió a Elvira, porque lo que decía la vecina era cierto. Tenía la cara blanca y los ojos negros, grandes y vacíos como los de un buey.

Incluso para ella, que era una mujer que soportaba el peso de tantos talentos, la vida era una sucesión de asombros en los momentos más inesperados. No había intuido que el sangrador asistiría el parto. No se había cruzado con ningún signo, ningún sueño, ninguna premonición que la hubiesen hecho sospechar aquello. Pero, nada más escuchar el nombre que él había escogido para la niña, tuvo la seguridad de que había nacido marcada con un símbolo. Elvira le levantó las mangas y examinó con ansiedad sus brazos, la espalda, las piernas. María observaba en silencio, sin atreverse a preguntar qué estaba buscando. Se imaginó que quería comprobar que la pequeña estaba en buen estado. Ella tenía la responsabilidad de alimentar otras cinco criaturas y su situación era tan miserable como la del resto de los habitantes de aquel pueblo, pero desde el primer día cuidó de Catalina como si fuese de su propia familia, sin hacer distinción ninguna y enseñándoles a sus hijos a tratarla como una igual. Sé lo que estás pensando, María, le dijo Elvira. No tengo duda ninguna de los cuidados que le has dado a esta niña y nunca podré agradecértelo. Estoy en deuda contigo para siempre, no pienses que desconfío. Abre la boca, pequeña, le pidió Elvira a la niña con toda la dulzura de la que era capaz una mujer como ella. La pequeña obedeció y mostró la corona de espinas dibujada en rojo en su lengua. Aquí está. Mira, María, tiene la rueda de santa

Catalina. Por eso el sangrador escogió ese nombre. María no entendía cómo se le había podido pasar por alto algo así. Jamás había detectado nada raro en la pequeña, y resulta que allí estaba la corona, redonda y perfecta. Elvira observó los ojos de buey de Catalina. Soy tu abuela y de ahora en adelante vivirás conmigo. A continuación, abrazó a la niña y le susurró una promesa al oído: Te daré la mejor vida que puede ofrecer una bruja.

De aquello habían pasado tres años. Ahora, con el invierno metido a bocajarro en la casa, abuela y nieta compartían los momentos previos antes de acostarse. Dormían en el mismo cuarto sobre colchones diferentes, una en cada extremo de la estancia. A Catalina le daban mucho miedo los ruidos que hacían los insectos que anidaban entre los nudos de lana de su colchón. Tan solo había una oración que la ayudaba a calmarse, la que su abuela Elvira repetía cada noche antes de dormir: «Voy a haceros pagar uno a uno por cada rotura de cada hueso, por cada lágrima, por cada una de las mentiras que me habéis hecho pronunciar. Juro que os trastornaré a todos. Invocaré a los espíritus avernales para que se cobijen en vuestros cuerpos. Nunca más conoceréis el descanso ni el sosiego». Amén, Catalina. Amén, abuela.